

DOMINGO 26 DEL AÑO “B”

Num 11,25-29 + Jm 5,1-6 + Mc 9,38-48



Servidor de todos.

El domingo pasado veíamos a Jesús corrigiendo el afán, en el grupo de los Doce, por ver quién de ellos era el “mayor”, el más importante. Jesús pone el criterio de grandeza en hacerse servidor de todos, el último de todos. Les habla con toda claridad, porque sabe que pueden caer en una de las tentaciones más peligrosas del corazón humano: ser más que los demás, estar por encima de los otros. Esto ocurre en todo tipo de grupos, y Jesús quiere que no sea así entre los suyos.

Está a favor nuestro.

En este ambiente de enseñanza y corrección a los Doce hay que situar el evangelio que acabamos de escuchar. A los Doce les cuesta mucho meterse en la cabeza la manera de pensar de Jesús. Ahora quieren ser los únicos en obrar en su nombre, quieren apropiarse en exclusiva los poderes del Maestro, el dominio sobre los demonios. Hasta el punto de que se lo quieren impedir a otros, porque no son del grupo de “los nuestros”. Esta expresión “no es de los nuestros” no ha perdido vigencia con el paso de los siglos, y Jesús ha de poner otra vez, hoy como ayer, las cosas en su sitio: «No se lo impidáis. El que hace milagros en mi nombre, el que no está contra nosotros, está a favor nuestro».

Abrir la salvación a todos los hombres.

De nuevo se nos invita a la reflexión y al cambio de conducta. En el mundo, y fuera de la Iglesia católica, hay muchos “cristianos anónimos” que están reproduciendo las obras de Jesús en la sociedad humana, sin pertenecer al

grupo de los discípulos. Incluso sin conocer a Jesús. El grupo de Jesús nunca deberá cerrarse en sí mismo, ni considerarse como privilegiados poseedores de una exclusiva. Más bien, deberán abrir la salvación de Cristo a todos los hombres. No se entienden, entre los auténticos discípulos de Jesús, las actitudes de intransigencia, orgullo, superioridad, arrogancia, autoritarismo. Todo aquello que hace del otro un excluido. ¡Qué hermosa la expresión de Moisés! «¡Ojalá todo el pueblo del Señor fuera profeta y recibiera el espíritu del Señor!»

Todos al servicio de la unidad.

Lo que en Moisés era un deseo, sabemos que se cumple, por el Bautismo, en todos los cristianos. Pero no sólo en ellos. El soplo de Dios está en Adán, es decir, en todos los hombres y en todos los pueblos. El Concilio puso las bases para un reconocimiento positivo de todas las religiones, que «no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres». Hoy uno de los signos de los tiempos es, sin duda, el diálogo con las grandes religiones de la tierra, buscando y reconociendo en ellas la presencia del Espíritu, que alienta con fuerza el camino hacia la unidad de todo el género humano. No todo es fácil en este camino, y en la Iglesia católica haríamos bien en sentirnos interpelados por el evangelio de hoy. La ruptura de la unidad entre los creyentes es uno de los graves escándalos sobre los que el pasaje evangélico nos advierte. Los cristianos debemos estar al servicio de esa unidad, reconociendo lo bueno que hay en los otros sin exigir «que todos vengan a donde estoy yo».

Advertencia a los ricos.

No debemos dejar de aludir hoy al fuerte texto de la carta de Santiago. Es una muy seria advertencia que dirige a los ricos. Nos afecta, personalmente, a muchos. Y de forma global, pero muy real, a cuantos vivimos en el Primer Mundo. Es el gran escándalo de nuestro Siglo y del nuevo Milenio. En el siglo XXI, la pobreza de miles de millones de hombres y mujeres es la cuestión que, más que cualquier otra, interpela nuestra conciencia humana y cristiana... La humanidad, llamada a ser una sola familia, todavía está dividida dramáticamente en dos por la pobreza. Al principio del siglo XXI más de mil cuatrocientos millones de personas viven en una situación de extrema pobreza.

A muchos nos parece que la Iglesia es excesivamente tímida en la denuncia profética de este pecado. Desearíamos poner más fuerza y más gestos en la denuncia de un sistema que está corrompiendo las relaciones de las personas y de las naciones. Creo que nos da miedo reproducir frases como las de Santiago. “¡Ricos, llorad y lamentaos. Vuestro dinero está corrompido. Os habéis cebado para el día de la matanza!” Las expresiones son terribles. La carta de Santiago retoma los gritos de todos los pueblos esclavizados, desde Egipto hasta hoy. Estos gritos llegan cada día hasta los oídos del Señor de la Historia. Él es el Libertador de su pueblo. Y sigue diciéndonos hoy: «Ve, yo te envío para que saques a mi pueblo de Egipto».